

Comentario al artículo “Moral Economy: Rethinking a radical concept” (2016)

Valeska Orellana Moraga ¹

Dentro de las últimas décadas, hemos sido testigos de movimientos sociales de diversa índole, sobretodo de su masividad a partir del 2006 con el “pingüinazo”. Del mismo modo, notamos que las transformaciones de las clásicas formas de expresión del malestar y la configuración de nuevos actores sociales, ingresan a debatir en ámbitos tradicionalmente accesibles sólo para el saber experto. En ese sentido, la salud pública no ha estado exenta de dicho panorama, bástenos el recordar algunos episodios de connotación nacional en el que “la sociedad civil” ha participado de discusiones concernidas al ámbito sanitario: la multitudinaria asistencia de personas a la marcha de los enfermos de 2013, liderada por Ricarte Soto, o más cercanamente, los encendidos enfrentamientos entre adherentes y disidentes de la despenalización de la interrupción voluntario del embarazo en tres causales de este año, por nombrar algunos.

Sin duda, la coyuntura resulta interesante, pues se han desplegado nuevas subjetividades, novedades en tanto se presentan en paralelo con formas radicales de neoliberalización y globalización de las relaciones de mercado; y además por su (a veces) contradictoria o ambigua manera de definir sus posicionamientos y trayectorias en el conflicto. De este modo, ha resultado un desafío intelectual el reflexionar sobre la utilidad de las antiguas categorías que diferenciaban de modo más o menos claro los territorios y fronteras identitarias, ideológicas, culturales y/o espaciales que definían a los actores de un conflicto.

El reciente número de la revista *Anthropological Theory* convocó en 2016 una serie de trabajos, bajo la consigna “Moral Economies in crisis”, que

indagan los marcos sociales que regulan el intercambio poniendo a prueba el concepto de economía moral en investigaciones de sociedades europeas actuales. En su artículo “Moral Economy: Rethinking a radical concept”, Jaime Palomera y Theodora Vetta sostienen que el capitalismo flexible no sólo está organizando un intercambio de objetos-mercancías, sino que del mismo modo mercantiliza bienes sociales que antiguamente eran impensables como tal. “Economías morales”, como concepto, tiene ya unos años de uso en diversas disciplinas, cuyo recorrido es organizado por los autores y nos ayuda así a comprender la utilidad de esta noción para aquellos que aún tenemos una vocación humanista de aproximarnos al ser humano.

Algunas palabras sobre E.P. Thompson y las Economías Morales

“Economías Morales” es un término acuñado por el historiador social marxista Edward Palmer Thompson (1924-1993), de quien es preciso mencionar decir al menos algo para otorgar un marco de inteligibilidad a su propuesta. Como hijo de su tiempo, Thompson comprometió fuertemente su trabajo intelectual a los eventos que le fueron contemporáneos, particularmente fue crucial para orientar su trabajo los efectos que tuvieron las acciones totalitarias del Partido Comunista Soviético en la población de Hungría durante el periodo de “Guerra Fría”. En ese sentido, las lecturas del tiempo “pasado” – que en su caso se vinculan a los estudios sobre la formación de la clase obrera inglesa producida entre el siglo XVIII y XIX— se entienden como un intento vigente de pensar otras formas de organización y resistencia al capitalismo moderno desde las izquierdas actuales,

¹ Licenciada en Psicología. Universidad de Chile

que no reproduzcan las formas de la izquierda soviética. Dicho esto, el desarrollo teórico de Thompson otorga relevancia a la agencia histórica de la “masa” en los procesos de construcción social, valorizando las evaluaciones éticas que cada sujeto pueda hacer durante distintos periodos de crisis. En sus múltiples trabajos va mostrando cómo las tradiciones de los grupos sociales resultan importantes para comprender los procesos de formación de clase o, en otras palabras, cómo las ideologías son contingentes en tanto se encarnan en contextos histórico-culturales particulares.

En ese sentido, pensar a las personas como agentes dinamiza la relación entre las estructuras sociales (economía, leyes, instituciones, etc.) y los usos, valoraciones o afectos que se establecen con dichas estructuras. Ello, de acuerdo con Thompson, cobra sentido pues cierto entendimiento de la realidad social de la explotación no se alcanza sólo mediante saber cómo viven los pobres en términos materiales, sino que es necesario considerar la experiencia vivida en esas condiciones, debido a que agrega elementos que complejizan las relaciones de poder implicadas en la vida de los agentes. De este modo, podríamos decir que el historiador nos permite dar un paso hacia la desnaturalización de las revueltas sociales y, por ende, historizar las prácticas sociales de las personas. Asimismo, en su lectura de la rebelión de los campesinos ingleses del siglo XVIII contra los dueños de las tierras, el autor nos muestra que su lucha también es causada porque “las normas no son respetadas y porque los compromisos de derechos y obligaciones implicados no se cumplen”. Es decir, es una reacción que involucra no sólo una economía política donde el mercado impone la ley, sino también una economía moral que nos recuerda que otra forma de intercambio es posible. Por lo tanto, después de Thompson, aquéllas ya no son explosiones espontáneas dinamitadas por escasez de recursos solamente, sino que, además, al introducir la revuelta como resultado de un conflicto, se vincula íntegramente a una relación entre antagonistas, donde cada cual presenta los intereses en juego y las traiciones a los modos de intercambios pactados en cierto momento.

Sin embargo, y a pesar de ser un concepto que permite abrir interrogantes sobre las relaciones de clase y los movimientos sociales, su potencialidad ha sido explotada mayormente desde la antropología norteamericana, principalmente a partir de los trabajos de James C. Scott. Según Didier Fassin (2009), el desafío intelectual con el que se encontró Thompson fue el de articular la noción

de intercambio trabajada por Marcel Mauss en su “Ensayo sobre el don”, con las relaciones de poder y la subjetivación de posiciones sociales en un momento donde los marcos sociales de comprensión estaban teñidos por las sombras de la segunda guerra mundial y sus consecuencias, las contemporáneas guerras de descolonización y las dictaduras latinoamericanas.

LEGADO DE LAS ECONOMÍAS MORALES

En suma, economías morales hablan de una “perspectiva tradicional consistente de normas sociales y obligaciones, y de las funciones económicas propias de las diversas partes de la comunidad, las que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituyen la economía moral del pobre” (Thompson, 1971, en Fassin, 2009, p.2). De esta definición se deduce un primer nivel de análisis, usado por Karl Polanyi, que atañe a pensar el concepto como un sistema de intercambio de bienes y servicios a través de las redes de dependencia, donde la reciprocidad y la redistribución son conductas a nivel microsociales que fundamentan la economía a nivel macro. Un segundo nivel, cercano a lo trabajado por Axel Honneth, enfatiza el análisis del sistema de normas y obligaciones. Dicho sistema se sustentaría en principios de buen carácter, justicia, dignidad y reconocimiento, los cuales a su vez guían los juicios y acciones, así como también prestan discernimiento entre lo que puede ser posible de lo que no para una comunidad. Intercambio de objetos y servicios, por un lado, posibilidades del intercambio social, por otro.

En esa línea, el concepto ha presentado dos derivas de utilización desde su concepción: una, desde la antropología con James C. Scott; y otra desde los estudios sociales de la ciencia de Lorreïn Daston. En la primera, se ha mantenido el énfasis sobre el estudio del grupo “oprimido”, y ha focalizado su atención en las resistencias en la vida cotidiana. Para el antropólogo, economías morales permite entender la dominación, o bien, explicarse cómo un sistema explotador puede mantenerse, e incluso de qué forma aquello tiene la aceptación de los dominados. Por lo tanto, esta lectura observa atentamente en las sociedades aquello que es tolerable, relevando la dimensión evaluativa de los sujetos por sobre lo que debería o no ser hecho, normativamente hablando. Y en la segunda forma de uso, Daston abre el campo de aplicación del concepto hacia grupos de “alto capital

cultural”, pero le da más peso a lo moral, en tanto valores y emociones producidas en un estrato social específico, y cómo eso media la emergencia de regímenes de verdad en las producciones científicas. Como se aprecia, lo político respecto de las resistencias y las relaciones de poder no adquiere relevancia en la lectura de la autora.

Pese a la exposición de derivas disímiles, Fassin advierte que ambos usos son valiosos debido a que el fenómeno económico como intercambio está constituido tanto de valores y emociones como de normas y obligaciones, de modo que considerar ambas lecturas del uso nos muestra la dificultad de analizar dichos aspectos de la economía simultáneamente. En efecto, y en consonancia con Jaime Palomera y Theodora Vetta, la propuesta consiste en afirmar que las economías morales pueden ser una entrada para investigar la producción, distribución, circulación y uso de sentimientos morales, emociones y valores, normas y obligaciones, en el espacio social, enfocándose en ciertos ámbitos o segmentos sociales en un tiempo particular.

ECONOMÍAS MORALES Y HEGEMONÍA

Siguiendo el escrito de Palomera y Vetta, nos encontramos con una forma de indagar el espacio social pesquizando las inscripciones de las lógicas neoliberales en las dinámicas de reproducción de la vida cotidiana. Estos autores están interesados en entender las “contradicciones de clase”, en tanto se presentan diversas maneras de vivir que cuestionan las concepciones distinguían entre proletarios y elites explicables por su pertenencia de clase. Dada la emergencia de diferentes formas en que se produce la dominación, bajo la cual la categoría de “clase” resulta insuficiente, los autores apuestan por articular “hegemonía” y “economías morales” como una manera de abordar las dinámicas sociales que no necesariamente se corresponden con la formación de un sujeto político o con un conflicto organizado.

Hegemonía, tomado del teórico marxista Antonio Gramsci, da visibilidad a los modos en que se legitiman resultados desiguales en una sociedad de mercado. Una clave de lectura va en la línea de la dominación cultural, en la medida que ésta es sostenida por procesos hegemónicos relacionados con la moralización de las relaciones de poder. Efectivamente, bien y mal vienen a ser categorías morales adoptadas por los dominados como estructuras explicatorias: su sentido de

realidad, o sentido común, es modelado y aprovechado para mantener un sistema de dominación. Es preciso no olvidar que se adoptan dichas categorías y, por consiguiente, las adopciones pueden ser parciales o totales. Decir esto es relevante pues la hegemonía no implica una implantación, es una dialéctica que, como tal, plantea que la reproducción no equivale a decir repetición, en otros términos, en toda reproducción habría cierta innovación y transgresión, aunque sea en la cotidianidad. En resumen, hegemonía permite poner las economías, la circulación-intercambio-don, en un campo de relaciones de poder, donde en cada momento se juegan negociaciones y disputas por la dominación.

Tal vez puede sernos útil indagar por esta vía las manifestaciones sociales en el macro y micro espacio, en tanto mantenemos las interrogantes por la participación de la “sociedad civil” en los debates de la salud pública. Entre otras, ¿cómo entendemos la marcha de los enfermos?, ¿qué significa, y qué implicancias tiene, la enfermedad como sinónimo ante las diferencias?, ¿qué es lo que se resguarda y defiende en las discusiones callejeras sobre las tres causales?

PALABRAS DE CIERRE

En consecuencia, pensar en economías hoy en día ya no remite a pensar sólo en la transacción de “cosas”, sino que aquéllas se pueden encarnar valores, o se ponen en juego los tiempos o bien se involucran formas de vida; en suma, nuevos elementos de la experiencia social son susceptibles de organizarse en función del mercado. Así, la economía actual no sólo se basaría en el uso oportunista de relaciones de existencia recíproca y obligaciones morales para la acumulación de capital, sino que también aquél se sostiene en la transformación de un nuevo tipo de realidad ambivalente. Realidad que es constantemente producto de la metabolización de campos sociales, redes intersubjetivas que se constituyen por combinaciones dinámicas de normas, significados y prácticas. Por ende, en “el hacer” los sujetos traducirían el acontecer económico y político a su propio idioma y cotidianidad, produciendo a su vez maneras alternativas de valorar la economía, los bienes, los servicios y las interacciones sociales.

Si retenemos la propuesta de los autores, podemos pensar esta efervescencia de movimientos sociales, agrupaciones de pacientes y defensas contra lo inaceptable, no sólo como “descarga” de opiniones y sentires, sino también

como una resistencia que no involucraría simplemente demandas por bienestar económico o disputas por el poder político, como tradicionalmente las hemos catalogado. Además serían parte de reivindicaciones por la dignidad humana, debido a que el sistema de salud en Chile estaría atravesado por la mercantilización del servicio sanitario (Illanes, 2016), ocupándose así del cuerpo humano en tanto mercancía valorada como pérdida o ganancia financiera. Por lo tanto, podríamos suponer que lo que se juega en dichas manifestaciones sería una forma de mostrar diferencias de valor que no son aceptables por una comunidad, debido a que el valor imperante que adquiere el cuerpo humano en nuestra salud propende a negar reconocimiento

de valor a la vida humana, tanto en su especificidad y no equivalencia monetaria.

Un ámbito no explorado por este comentario, pero que queda abierto para ulteriores diálogos con los lectores, es el de la vida cotidiana como posible enfoque de análisis de los (des)encuentros entre pacientes e instituciones, pues en las dinámicas de la cotidianidad, ya sea en el box, en la hospitalización, en la urgencia, en la sala de espera u otro sector; podemos pesquisar inscripciones estructurales de la lógica neoliberal que se actualizan, por ejemplo, en las relaciones con los equipos de salud, así como también se revela una constante negociación de sentidos, saberes y valores entre diversas comunidades cuando se interactúa con un paciente.

Instituto Traumatológico. 75 años de ortopedia y traumatología en Chile Miguel Laborde y Miguel Gasic. Santiago de Chile, 2012

Yuri Carvajal¹

Por alguna extraña razón recibimos este libro publicado el año 2012, a fines del 2017. Será que los libros tienen razones que la razón desconoce.

Cuatro años no son nada para un maravilloso trabajo, con imágenes de mucho valor, que condensan más de cien años de especialidad y un apéndice en colores de portadas de las primeras 36 Revistas de Seguridad (1935-1939).

La historia de la medicina clínica sobrevive en Chile como un trabajo aficionado. Este libro sorprende por su esfuerzo y logro, para producir un texto de manera profesional. Notable esfuerzo en realizar una escritura que tome al lector y lo apasione por el tema. Así como el esfuerzo por vincular la traumatología y ortopedia con el resto de la historia.

La organización temática de las ideas en capítulos es muy afortunada. Aunque aunque se acompañan en orden cronológico, cada uno de ellos aborda un tema autocontenido. Todos

consideran valiosas sugerencias reflexivas para los lectores interesados.

Hacía mucho tiempo que buscaba alguna referencia a Ortox y en este libro encuentro algunas páginas dedicadas al esfuerzo del Dr. Carlos Urrutia en 1945, apoyado por CORFO, que en el jardín trasero de su casa logró fabricar placas, prótesis, clavos de Küntschner, agujas de Kirschner. Esfuerzo terminado en 1975. Una historia paralela a la de la penicilina del Instituto bacteriológico, de la digoxina del Dr. Hoffman o de la vacuna Fuenzalida-Palacios. Los historiadores de la clínica encontrarán una centena de invenciones locales cuyo desarrollo ha sido abortado por incapacidades políticas. Maravilloso libro que recupera una historia como ésta.

Pero hay más. La historia de una especialidad es también la historia de las transformaciones de las enfermedades, de las redes nacionales y locales para producir una medicina técnicamente

¹ Médico Cirujano. Doctor en Salud Pública. Profesor asistente. Universidad de Chile

actualizada. En este texto es posible visualizar momentos críticos de la historia de la polio, de la salud ocupacional, los accidentes del trabajo, los efectos de la industrialización y la introducción del automóvil y el tráfico automotor.

Para clínicos e historiadores la lectura de este

libro será de provecho y disfrute. Cada uno de ellos podrá sacar conclusiones para su disciplina particulares y avanzar quizás en algunas de las cuestiones propuestas aquí.

Un ejercicio de reflexividad historicista de la traumatología chilena encomiable y envidiable.

Usos de [la] locura: hacia el reconocimiento de nuevas lógicas interpretativas del sufrimiento humano

Miguel Salas Soncira (2017). Salud Colectiva 13(4):713-729. doi: 10.18294/sc.2017.1613

Este artículo se inicia con una declaración incisiva: "esquizofrenia, psicosis y locura se refieren esencialmente a los mismos tipos de experiencia, a pesar de que lo hagan partiendo de puntos de vista diferentes". De allí se desarrolla una marcha entre los relatos comunicativos de seis pacientes y una exploración teórica centrada en el lenguaje

y los sujetos subalternos, para concluir rescatando "el potencial de las prácticas queer en la comprensión de las relaciones entre identidad, acción y discurso".

Una investigación asociada parcialmente a una tesis doctoral del autor, en la que arroja luces sobre los efectos complejos de la asimilación de la locura a criterios clínicos, pero se echa de menos una sencillez teórica que sin ser austera, tenga el beneficio de la parsimonia.

Los Cuadernos Médico Sociales de Rosario y las revistas de la medicina social latinoamericana entre las décadas de 1970 y 1980

Hugo Spinelli, Juan Martín Librandi y Juan Pablo Zabala. História, Ciências, Saúde – Manguinhos,

Rio de Janeiro, v.24, n.4, out-dez. 2017, p.877-895.

Un valioso artículo escrito por el editor de la revista Salud Colectiva de la Universidad de Lanús, junto a otros dos investigadores. Para revisar la labor de Cuadernos Médico-Sociales de Rosario, se señalan importantes antecedentes latinoamericanos, entre los cuales está nuestros Cuadernos y el rol de uno de nuestros editores, el Dr Jaime Sepúlveda, en la revista Centroamericana de Ciencias de la Salud.

Para todo editor conocer la experiencia de Carlos Bloch y Susana Belmartino en Rosario, es una lección

de laboriosidad y compromiso. Procesos editoriales, organización, edición y contenido, son siempre desafíos actuales y toda lección es bienvenida.

Para los salubristas en general, este artículo da cuenta de las dificultades, pero más importante, de las posibilidades reales de articular una salud pública latinoamericana, un pensamiento situado.

Aunque el artículo sólo insinúa las transformaciones que la indexación provoca en las prácticas editoriales de salud pública, los lectores que imprimimos para leer, pagamos un de esos efectos: la versión pdf que produce História, Ciências, Saúde – Manguinhos, hace desaparecer las vocales acentuadas, haciendo la lectura en español un tartamudeo complejo.

Synthetic chemicals as agents of global change

Bernhardt, E., Rosi, E., and Gessner, M. (2017). *Front Ecol Environ* DOI:10.1002/fee.1450, pages 84–90.

Cambio climático y cambio global, adolecen de varios silencios. Uno de ellos es el olvido de la química de síntesis que subyace. Este artículo que parte tomando la herencia intelectual de Rachel Carlson, señala la disparidad entre la proliferación de sustancias químicas, pesticidas y fármacos y la reducida investigación sobre sus efectos. Por un lado, la estructura de modelación toxicológica no se adecúa a las necesidades: “classic toxicological testing results are insufficient to understand and

predict the individual and collective impact of synthetic chemicals once they enter ecosystems”. Pero también, porque la cifra de investigaciones publicadas y los fondos aportados a esas investigaciones son una pequeña proporción del esfuerzo que se realiza en torno a cambio climático o cambio global.

Muchas de estas sustancias son medicamentos y la salud pública debe considerarlas en su reflexión sobre la medicina clínica y la sustentabilidad de los hospitales en las que se practica. Desde un punto de vista ambiental, toda la medicina es salud pública.

Pharmaceuticals and personal care products (PPCPs) are ecological disrupting compounds (EcoDC)

Richmond, E., Grace, M., Kelly, J., Reisinger, A., Rosi, E., and Walters, D. (2017). *Elem Sci Anth*, : 66. DOI: <https://doi.org/10.1525/elementa.252>, 5(66).

Esta revisión de los efectos de los fármacos y otras sustancias químicas como ecodisruptores, se vincula estrechamente con el artículo previo comentado. Efectivamente, se citan los efectos de paracetamol, diclofenaco, fluoxetina, citalopram, oxazepam, sobre comunidades o especies en ecosistemas. Introduce la cuestión de la pseudo-persistencia, esto es la presencia constante en los ecosistemas de estas sustancias, no por una bioacumulación y vida media prolongadas, sino

por la introducción de ellas de manera constante.

La lección de los Productos Orgánicos Persistentes (POPs) y la docena sucia, entre ellos nuestro desafortunado lindano, nos alertan a tomar en cuenta precozmente estas alertas. Cuando nuestra circular B35/38 del 15 nov 2012, dice apoyándose en OMS que, “no recomienda desviar recursos profesionales y financieros a la eliminación de dichas sustancias [medicamentos] por lugares distintos al alcantarillado”, la lectura de este artículo debiera ayudar a un pensamiento más actual. (agradezco a José Luis García Fuentes, haberme señalado la cuestión de esta Norma).

Volatile chemical products emerging as largest petrochemical source of urban organic emissions

McDonald, B. C., Joost de Gouw, Gilman, J., Jathar, S., Akherati, A., Cappa, C., Jimenez, J., Lee-Taylor, J., Hayes, P., McKeen, S., Yan Cui, Y., Kim, S.-W., Gentner, D., Isaacman-VanWertz, G., Goldstein, A., Harley, R., Frost, G., Roberts, J., Ryerson, T., and Trainer, M. (2018). *science*, 359(9):760–764.

Mediante un balance de masa así como estudios de correlación, los autores demuestran que las emisiones de compuestos orgánicos volátiles proceden mayoritariamente de productos de uso por las personas, sobre la tradicional fuente del

transporte. Pesticidas, revestimientos, tintas, adhesivos, agentes de limpieza productos de cuidado personal, alcanzan un nivel de emisión de $7,6 \pm 1,5$ Tg, dos veces mayor al estimado para fuentes móviles, $3,5 \pm 1,1$ Tg. Las correlaciones entre los contaminantes ambientales con la cifras dentro de hogares es de un 0,92, para acetona, C9–C11 n-alcanos, etanol y diclorometano, y precursores de aerosoles secundarios como terpenos, glicoles y glicol éteres (e.g., 2-butoxi etanol), metil xiloxanos volátiles (e.g., D5-xiloxano), aromáticos (e.g., tolueno, xilenos) y alcanos pesados (e.g., C12–C13 n-alcanos).